

»Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obras sois testigos,
En el sitio que mas le pareciere
Se ponga á recibir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere,
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparé la entrada de Elicura,
Aguardando la misma coyuntura.»

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el general le daba;
Aprobólo el comun aficionado,
Si á alguno le pesó no lo mostraba;
Y por el orden y uso acostumbrado
El gran Caupolicán le trasquilaba,
Dejándole el copete en trenza largo,
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche en torno de los fuegos:
Había precios y joyas señaladas,
Que nunca los troyanos ni los griegos,
Cuando los juegos mas continuaron,
Tan ricas y estimadas las sacaron.

Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece,
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

Llegó á Caupolicán estando es esto
Un bárbaro turbado, sin aliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciéndole: «Señor, socorre presto;
Tu campo es roto y cierto el perdimiento;
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la mas della y destrozada.»

»Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros,
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y lijeros;
Por estos solos son desbaratados
Dos escuadrones tuyos de piqueros,
Y visto el gran estrago al improviso,
Partí corriendo á darte dello aviso.»

Caupolicán con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Al cabo era imposible que escapase;
Y con la diligencia acostumbrada
Mandó al nuevo teniente que guiase
Con la más presta gente por la via,
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro, en lo aceptar no perezoso
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta prisa, codicioso
De ganar opinion entre la gente;
Mas de Marte el estruendo sonoro
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.



CANTO IV

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
No quiero yo decir que á cada paso
Por ella son mil males atajados;
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura,
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
Cuando de un daño otro mayor se espera,
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

TOMO I

Traiga el hierro en la mano la justicia,
Sino segun la gravedad del caso
Y la importancia y fin de la malicia;
Pues vemos claro en el presente paso,
Que al cabo corrompida de avaricia
Dió á la maldad lugar que se arraigase,
Y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento;
Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO KULLS"
Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

3111

No faltará materia y coyuntura
Para mostrar la pluma aquí curiosa;
Mas no quiero meterme en tal hondura,
Que es cosa no importante y peligrosa:
El tiempo lo dirá y no mi escritura,
Que quizá la tendrán por sospechosa:
Solo diré que es opinion de sabios,
Que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
Dejaré de tratar de sinrazones,
Que es trabajar en vano derramando
Al viento en el desierto las razones:
De los nuestros diré que peleando
Estaban con los fieros escuadrones
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
Mucha atencion y autorizada pluma,
Y así digo que aquel que le leyere
En que fué de los grandes se resuma:
Diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda será una breve suma,
Y los nombres también de los soldados
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda,
Morán, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego Garcia, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona y otro queda
Con el cual es el número acabado:
Don Leonardo Manrique es el postrero,
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
A verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo Imperial partido habian
Sin saber que Valdivia fuese muerto;
Por la alta cuesta de Purén subian,
Y en el mas alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,
Señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada
Y que de gentes hacen llamamiento;
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudó el temor el firme intento:
La fresca y nueva aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del sol se retraian
Cuando el licúreo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados
Esperando á los nuestros, si viniesen,
Por cogerles sin orden descuidados,
Antes que del peligro se advirtiesen:
De un bosque á mano hecho rodeados
Para que mas cubiertos estuviesen,
Hasta que inadvertidos del engaño
Pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
Por un repecho al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros estaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nuestros con el bosque aun no igualaban
Cuando los indios súbito sonando
Bárbaras trompas, roncós tamborinos,
Los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría
Cuando mas sin pensar la liebre echada
De súbito por medio de la via
Salta de entre los piés alborotada,
Cuanto causó la muestra y vocería
Del vecino escuadron de la emboscada
A nuestros españoles, que al instante
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los españoles no pararon
Hasta de parte á parte atravesalla:
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven por dar fin á la batalla
Con mas valor y esfuerzo que esperanza,
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
El paso les cercaron y huida,
Viéndose así de bárbaros cercados
Piensan abrir por ellos la salida:
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una escuadra dellos fué rompida,
Volvieron á sus puestos recogidos,
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte
Las cerradas escuadras tropellando;
Mas viéndose cercanos á la muerte,
Prosiguen su derrota, enderezando
Al desolado sitio y casa fuerte,
A diestro y á siniestro derribando,
Que los indios entre ellos van mezclados
Hiriéndolos también por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
Por la pequeña falda de una sierra,
La causa y la razon desta angostura
Es un lago que el valle abajo cierra:
Para los nuestros esto fué ventura,
Pues siguen su jornada haciendo guerra,
Que solo un español que atrás venia
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
Mata, al calar de un áspero collado
Ven un indio salir á toda priesa
El vestido y el rostro demudado;
El cual en el camino se atraviesa,
Y del seno sacó un papel cerrado,
Que Juan Gómez de Almagro el propio día
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso
Que dellos adelante habia partido,
De Valdivia el suceso lastimoso
Les dijo y lo demás acontecido,
Y que el castillo el bárbaro furioso
Le habia por los cimientos destruido:
Viendo el remedio y presupuesto vano
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,
Aunque por esta senda y paso abierto,
Del este, norte, oeste está abrigado,
Y el sur le hiere casi en descubierto;
Por do seguido va el camino usado
De los lijeros bárbaros cubierto
En espaciosa hila prolongada
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo
En el llano asimismo repararon,
Y la gente esparcida recogiendo
Dos gruesos escuadrones reformaron:
Los catorce españoles conociendo
Que era mejor romper, se aparejaron;
Mueven los escuadrones concertados
Por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncós instrumentos,
Alto estruendo, alaridos desdeñosos,
Salen los fieros bárbaros sangrientos
Contra los españoles valerosos,
Que convertir esperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgullosos:
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece
Que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
Que yo no digo aquí cuál dellos era,
Dijo viendo tan poca gente al lado:
«¡Oh si nuestro escuadron de ciento fuera!
Pero Gonzalo Hernandez animado
Vuelto al cielo responde: «¡A Dios pluguiera
Fuéramos solos doce y dos faltaran,
Que doce de la fama nos llamaran!»

Los caballos en esto aperciendo
Firmes y recogidos en las sillas
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas;
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al impetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando
En alto ya desnudas las espadas;
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enastadas,
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos,
Y que bajen los brazos mas pesados;
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecía venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
Imitar al de Córdoba famoso,
Iba por el ejército rompiendo
No menos diestro y fuerte que animoso;
Peñalosa y Vergara, conociendo
Que vencer ó morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
La rigurosa espada ejercitando,
Aventura y señala su persona,
Mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los suyos con gran priesa y mayor ira
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdoba se llama,
Mozo de grande esfuerzo y valentía,
Tanta sangre araucana allí derrama,
Que hizo cien viudas aquel día:
Por una que venganza al cielo clama
Saltan todas las otras de alegrías;
Que al fin son las mujeres variables,
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gomez de Almagro y Maldonado
Siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
El Herrero como hombre acostumbrado
Y diestro en golpear, mata y atierra;
Pues Nereda también que era maestro
Hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos
Las rabiosas espadas así cortan;
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte,
Que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan;
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando
Anima con hervor los escuadrones.
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones,
Cortés un golpe suyo reparando
La cabeza inclinó entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto,
Suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,
Acá y allá el caballo le traía;
Pero tornando luego en su sentido
Vergonzoso las riendas recogía;
Vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
Y al punto que miró le conocía,
Que al mayor araucano que allí andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza
Que mostraba animando allí su gente,
Y en la facilidad y ligereza
Con que esgrime la maza diestramente:
Como el suelto lebrél por la maleza
Se arroja al jabalí fiero y valiente,
Así asalta Cortés al araucano,
La adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado
No le valiendo el coselete duro;
Mas de aquella manera le ha mudado
Que mudara un peñasco ó fuerte muro:
Pasa recio el caballo espoleado,
Y Cortés de Lincoya ya seguro
Por medio de la espesa escuadra hiende
al un lado Y y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatía
Con el joven Guacon, soldado fuerte;
Pero presto la lid se decidía,
Que poco se mostró neutral la suerte:
De un golpe Almagro al bárbaro hería,
Por donde una ancha puerta abrió á la muerte;
Sale della de sangre roja un río,
Y ocupa el desangrado cuerpo el frío.

Airado Castañeda en la batalla,
Mata, tropella, daña, hiere, ofende;
Acaso á Narpo á la derecha halla,
Y allí la rigurosa espada tiende:
No le valió el jubon de fina malla,
Ni un peto de dos cueros le defiende
Que la furiosa punta no calase,
Y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,
Crece el hervor, coraje y la revuelta,
Y el río de la corriente sangre crece
Bárbara y española toda envuelta:
Del grueso aliento el aire se escurece,
Alguna infernal furia andaba suelta,
Que por llevar á tantos en un día
Diabólico furor les infundía.

Tanto el teson entre ellos ha durado,
Que espanta cómo alzar pueden los brazos;
Estaban por el uno y otro lado
De amontonados cuerpos los ribazos:
El sol había en su curso declinado
Cuando ya sin vigor hechos pedazos
De manera igualmente enflaquecían,
Que moverse adelante no podían.

Como el aliento y fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos,
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con pasos perezosos
Cubiertos de un humor y espeso aliento,
Y esparcen con los pies la arena al viento;

Los dos puestos así se retiraron
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamás las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente á frente careados;
Ambos á un mismo tiempo repararon,
A un punto hicieron alto, y desviados
Los unos de los otros tanto estaban
Que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando
En el sitio y contrario alojamiento,
Cubiertos de agua y sangre ijadeando,
Que no pueden hartarse del aliento,
Los fatigados miembros regalando,
El pecho y boca abierta al fresco viento
Que con templados soplos respiraba
Mitigando del sol la fuerza brava.